

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1961 - Número 107



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

EJEMPLAR NÚM. 407

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

*EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.*

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1961



Tomo XXXIV
Número 107

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1961

M A Y O - J U N I O

Número 107

CONSEJO DE REDACCIÓN

EXCMO. Sr. D. MIGUEL MAESTRE Y LASSO DE LA VEGA, Presidente de la Diputación Provincial.—Sr. D. Pedro VALVERDE FREDET, Presidente de la Comisión de Educación —EXCMO. Sr. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—Sr. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA. — Sr. D. ANTONIO MURO OREJÓN.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.
Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director:

Sr. D. Manuel JUSTINIANO Y MARTÍNEZ,
Cronista Oficial de la Provincia.

Administrador:

D.ª Araceli SHAW GARCÍA.

S U M A R I O

Págs.

ARTICULOS

- Hipólito Sancho de Sopranis.—*La Custodia del Corpus de la Catedral de Cádiz. Estudio y documentos*..... 245
Jesús Silva Porto.—*Una efemérides carlista.—El General Ortega y el alzamiento de San Carlos de la Rápita*..... 303
Rubino Villalobos Bote.—*El juicio de Dios y el juicio de los hombres*. 315
-
- Juan José Moreno Berraquero.—*In memoriam. El Arzobispo de Methymna, Monseñor Lisson*..... 321

MISCELÁNEA

- Joaquín González Moreno.—*El archivo de Medinaceli*..... 327
A. H.—*Un pleito por atunes*..... 331
-
- Cronista Oficial de la Provincia. *Crónica de la Diputación*..... 333
-
- LIBROS..... 339
Norberto Almandoz Mendizábal.—*Crítica musical*..... 347

EL JUICIO DE DIOS Y EL JUICIO DE LOS HOMBRES

*Homilía predicada en la Santa Iglesia Catedral
de Sevilla el II Domingo de Adviento de 1961.*

NO todo ha de ser vértigo de locura en esta agitada vida que nos ha tocado vivir. Aún hay momentos —no muchos por desgracia— en que “lejos del mundanal ruido” el alma puede regalarse en la soledad con la búsqueda de verdades que abren horizontes divinos que valen más que todos los gozos del mundo. En nuestra grandiosa Catedral un Domingo de Adviento, el segundo, en presencia del eminentísimo señor Cardenal, me cupo el honor y la responsabilidad de predicar la homilía. Tomando pie del Evangelio del día hice una homilía temática con el mismo título de este artículo. La Dirección del ARCHIVO HISPALENSE, que por lo visto estuvo entre los oyentes, pocos en número, me ha requerido para que escribiera lo que allí dije de palabra. Y a eso se deben estas cuartillas.

Nunca he publicado mis sermones. Prueba de ello es que sumando éstos más de 1.800 en doce años apenas hay uno o dos que vieron la luz, tomados taquigráficamente, sin contar antes conmigo. Y si por excepción ahora me decido a escribir lo del púlpito es porque, sinceramente, se trata de algo que no es propiamente mío. Todos los materiales me los suministraron la Biblia y autores sagrados antiguos, y únicamente mi labor ha sido de constructor de un edificio con materiales ajenos. En lo cual estriba precisamente una predicación sagrada de buena ley. Porque el orador sagrado no debe ser más que una antena o un eco de la voz de la Iglesia, dejando a un lado todo personalismo de opiniones. Si el orador sagrado habla en nombre de Cristo, como

El, debe siempre poder decir: "Mi doctrina no es mía sino de Aquél que me ha enviado" (Joann. 7,16). Vengamos, pues, a reconstruir la mencionada homilía para lección de vida y también ¿por qué no? para solaz filosófico y aun literario del lector.

El domingo anterior hablamos del juicio de Dios. Hoy podríamos hablar de lo mismo porque el Evangelio nos presenta al Bautista en la cárcel, víctima de Herodes. ¿Un santo como el Bautista en la cárcel? Luego tiene que haber otro mundo y otro juicio. ¿Por qué? Porque existe Dios, un Dios infinitamente justo. Si infinitamente justo, ha de dar a cada uno según sus obras y según su merecido. Es así que aquí vemos a los malos triunfantes —Herodes— y a los buenos y santos —el Bautista— abatidos y encarcelados: Luego, siendo Dios justo, ha de haber otro mundo y otro juicio para premio y castigo. Sin embargo, hoy nos vamos a fijar cuidadosamente en otro asunto: el juicio de los hombres. Terrible será el juicio de Dios al final de la vida. Pero hoy me propongo demostrar que es mucho más terrible el juicio de los hombres. En el juicio de Dios un ladrón se puede salvar y oír de labios de Cristo: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lc. 23,43). En el juicio de los hombres vemos por el Evangelio de hoy que hasta un santo como el Bautista sale condenado.

David, inspirado de Dios, conoció como nadie esta verdad. Dice en el Salmo 142: "Señor, no entres en juicio con tu siervo". Es decir, no me juzgues. Pero en otro lugar dice: "Júzgame, oh Dios". (Salmo 42). ¿No me juzgues y júzgame? Sí, porque hay una gran diferencia que él expresa en las palabras que siguen en el texto. Líbrame del juicio del hombre, máxime del hombre inicuo y engañoso. Si miro el juicio de Dios, es terrible y por eso, oh Señor, no me juzgues. Pero si miro el de los hombres, entonces, oh Señor, júzgame porque tu juicio es menos temible que el de los hombres. ¿Por qué Cristo cuando trata de atemorizar al mundo anunciando el juicio final no dice que "verán al Hijo de Dios" sino "verán al Hijo del Hombre" venir sobre las nubes? Veamos ahora por qué es mucho peor el juicio de los hombres y más temible que el juicio de Dios.

Dios juzga con el entendimiento; los hombres con la voluntad. — Juzgando con el entendimiento se puede errar. Pero ¿con la voluntad? Siempre se juzga mal. Si amas al que juzgas, siempre le juzgarás bien y estarás ciego por completo para no ver lo que todos ven. Y si odias al que juzgas, entonces juzgarás con tanto apasionamiento que hasta sus virtudes te parecerán defectos.

Jesucristo dijo que "el Padre dio todo el juicio o poder de

juzgar al Hijo" (Joan. 3,22). ¿Por qué al Hijo todo y no al Espíritu Santo que es tan Dios como el Hijo y el Padre (valga la frase por lo expresiva) y en cambio el Espíritu Santo es llamado el "Dador munerum", "el Dador de dones"? Hay una razón teológica y es ésta: En la Santísima Trinidad, el Hijo procede del Padre por el *entendimiento*, por *generación intelectual*, pero el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo *por la voluntad, por el amor*. Por eso, aunque los tres son en todo iguales, como en Dios todo es perfectísimo, el entendimiento juzga y la voluntad da.

Pero en el juicio de los hombres con frecuencia juzga la voluntad y no el entendimiento. Veámoslo con la Biblia en la mano. ¿Hay cosa más hermosa que la luz? Cuando Dios la creó al principio, El, que ve las cosas como son, "vio que la luz era buena" (Gen. 1,4). Y, sin embargo, "vino la luz al mundo y *amaron* los hombres más las tinieblas que la luz" (Joan. 3,19). Amaron. Luego con la voluntad que es la que ama. Y así se explica que tuvieran un juicio tan disparatado como preferir las tinieblas, horriblemente feas y cómplices de todas las maldades a la luz, que es reverbero del mismo Dios, el cual "es todo luz y en el cual no hay tinieblas" (1 Joan. 1,5).

Pilatos juzgó a Cristo con el entendimiento y no tuvo más remedio que confesar que "no encontraba en El causa alguna" para condenarle. Pero ante la diabólica insistencia de los judíos "entregó a Jesús a la *voluntad* de ellos" (Lc. 23,25) y, en cuanto intervino la voluntad para juzgar, ellos encontraron causa de muerte y "pusieron escrita la causa sobre la cruz" (Mt. 27,37). Es ley que siempre se cumple. El entendimiento ve lo que hay, pero la voluntad ve lo que quiere. Puesta a favorecer, hallará méritos en Judas. Puesta a condenar, ni un santo como el Bautista escapa de sus iras.

Dios juzga por nuestra conciencia pero los hombres no. Ante Dios somos exactamente lo que nos dice nuestra conciencia. Kempis escribió: "No eres más santo porque te alaben ni más pecador porque te critiquen, lo que eres, eso eres". En el juicio de Dios aunque nos acusaran ángeles, demonios, la creación entera, como la conciencia no nos acuse nos reímos de todas las acusaciones. La conciencia es todo en el juicio de Dios. Pero ¡qué distintas son las cosas en el juicio de los hombres! Ya puede un Abel tener la conciencia tranquila. Le condenará la envidia de un Caín. A un José, de conciencia castísima, le condenará la lujuria frustrada de una mujer infiel; a un Bautista, panegirizado por el mismo Cristo, le pondrá en la cárcel un Herodes injusto.

Con frecuencia suele citarse para ponderar lo terrible del jui-

cio de Dios aquella frase dicha por El a Samuel: "El hombre ve la cara, pero Dios ve el corazón" (1 Reg. 16,7). Y es verdad que las apariencias que nos engañan a los hombres no pueden engañar a Dios. Pero eso mismo es una horrenda desgracia cuando a un inocente han de juzgarle los demás por las apariencias sin que pueda él manifestarles la defensa interior de su conciencia inocente. El malvado está interesado en que no lea nadie su corazón ni su interior. Pero un inocente no puede dar en el rostro a sus acusadores mostrándoles el corazón para que se convenzan de su equivocación al juzgarle culpado. El testimonio de la propia conciencia lo es todo para salvarnos o condenarnos. Pero ese testimonio no vale para los hombres en esta vida. Vale para Dios en el juicio después de la muerte.

Las buenas obras en el juicio de Dios nos defienden, en el de los hombres nos condenan.—Vamos de nuevo a casos bíblicos. ¿No fue muerto Abel porque sus obras eran buenas y sus sacrificios gratos a Dios? ¿No condenó Saúl a muerte varias veces a David y él mismo quiso atravesarle con una lanza porque con motivo de haber salvado al pueblo de Dios cierto cantar de las mujeres exasperó su envidia? Pero no hace falta salirnos del Evangelio de hoy. Leedlo nuevamente y veréis el panegírico que el mismo Cristo hace del Bautista. ¿Con tantos méritos y obras buenas va el Bautista al juicio de Herodes? La sentencia será cárcel y muerte.

Ninguna palabra del Señor tiene desperdicio. Las de los hombres sí, porque hablamos demasiado para no decir a veces nada. Mera literatura o un conjunto de palabras sin mezcla de contenido alguno. Pero las palabras del Señor ¡qué contenido tienen! Y bien. Dice Cristo en el mismo Evangelio de hoy: "Bienaventurado quien no se escandalice de mí" (Lc. 7,23). ¿Escandalizarse de Jesucristo y porque acababan de verle hacer milagros como dar vista a los ciegos, oído a los sordos? ¡Pues sí! Porque no hay cosa de que más se escandalicen los hombres que de ver hacer milagros. Antes nos escandalizábamos de los pecados. Hoy los pecados —o los pecadores y pecadoras— se exhiben en las calles y plazas, en las reuniones sociales y en las diversiones, cuando no en el mismo templo, y no nos escandalizamos. Nos escandalizamos de las virtudes. Y es que los pecados son ofensas de Dios. Pero las virtudes son ofensas nuestras porque, siendo pecadores, son un reproche de nuestra conducta.

Por eso, con pecados al juicio de Dios, se va más seguro que con milagros de virtudes al juicio de los hombres. La Magdalena, la adúltera, el buen ladrón, llevaron pecados al juicio de Dios y salieron perdonados. El Bautista, prodigio de vida ejemplar,

salió condenado del juicio de Herodes. ¿Pero a qué extrañarse si el mismo Cristo con sus milagros salió condenado en el juicio de los hombres? ¿Quién escapará del terrible juicio de los hombres si no escapó Cristo? Y la razón de entonces se repite. Decían los envidiosos enemigos de Cristo: "Todo el mundo se va tras él" (Joan 12,19). ¡Si uno se fuera tras el mundo siendo uno de tantos en la conducta irregular! ¿Pero que el mundo se vaya tras uno? Mal pleito para el juicio de los hombres.

Dios juzga lo que conoce; los hombres juzgan lo que no conocen.—Y en esto el juicio de los hombres es no sólo peor que el juicio de Dios, sino peor que el juicio del mismo demonio. Este podrá acusarnos de las obras y de las palabras, pero jamás de nuestros pensamientos porque no los conoce. Tampoco la Iglesia juzga nuestro interior más que por nuestra declaración expresa, según el conocido axioma teológico moral "de internis non judicat Ecclesia" ¿Pero los hombres? Juzgamos de todos y de todo, incluso de los pensamientos, que sólo Dios conoce, y de los que ni el Papa puede juzgar. Volvamos a la Biblia a por ejemplos. Ve el sacerdote Helí a Ana rezando en el templo, y al verla mover los labios la suelta este insulto: "¿Hasta cuándo estarás borracha?" (I Reg. 1,14). Va Naamán a pedir el remedio de su enfermedad al profeta Eliseo, y Ezequías le toma por un enemigo. Amán, viéndose en desgracia de Asuero, cae de rodillas ante su esposa Ester, y Asuero da una interpretación brutal nada menos que de intento de adulterio en su misma presencia a lo que era actitud de anonadamiento y súplica de misericordia. Al casto José le condenaron por creerle adúltero. A Cristo por suponerle rival de un reinado temporal cuando huía para no ser proclamado rey y decía que su reino no era de este mundo y, como canta la Liturgia de Epifanía, no vino a quitar reinos temporales quien ofrece reinos celestiales.

Dios juzga solamente al final, pero los hombres no esperan hasta el fin.—Si esta vida es prueba ¿por qué juzgamos antes que termine la prueba? En la parábola de la cizaña, los criados —los hombres— quisieron arrancar inmediatamente la cizaña. Pero el Amo —Dios— replicó que había que esperar hasta el final, hasta la siega. Y hasta el final no se separan los peces malos de los buenos. Ni las ovejas de los cabritos. Un pecador de hoy puede ser mañana un santo. Y un santo actual ¡quién sabe lo que será mañana! En la misma hora que un ladrón conquistaba el cielo desde la cruz un apóstol se suicidaba colgado de un árbol. Y ya que mencionamos a estos dos añadamos que aquel primer Viernes Santo murieron: Cristo, Judas, el mal ladrón y el buen ladrón. Cristo es el único que empezó bien y acabó bien. El es sólo

santo. El mal ladrón empezó mal y acabó mal. Judas empezó bien y acabó mal. El buen ladrón empezó mal y acabó bien. Por eso nos advierte San Pablo que "no juzguemos antes de tiempo". (I Cor. 4,5).

Hay muchas otras razones por las que es más temible el juicio de los hombres que el de Dios. Pero exceden con mucho mi propósito de hoy y concluyo. Y mi conclusión no puede ser otra que una exhortación a la caridad con las palabras de Cristo: "No juzguéis y no seréis juzgados" (Mt. 7,1).

RUFINO VILLALOBOS

Canónigo

